Pollo con salsa

El ruido de los cacharros me despertó, era evidente que alguien estaba en la cocina. Comprobé que la alarma estaba quitada, cosa que era habitual para evitar que se levantara una de las niñas y la activaran, y salí con sigilo casi de puntillas, con un pijama de verano aunque hacía un frío de perros, y unos calcetines tejidos a mano que parecían dos enormes bolas de lana, más enormes teniendo en cuenta el tamaño de mis pies.

Resultaba extraño no sentir miedo por saber que había alguien metido en la casa, y revolviendo todo a las cuatro de la mañana.

Entré todo lo despacio que pude, y para mi sorpresa estaba mi abuela Pura preparando todo para cocinar su memorable pollo con salsa.

La sorpresa no era tanto por verla cocinando a las cuatro de la mañana en la cocina de mi casa, y a diez mil ciento cuatro kilómetros de donde ella vivía, lo que realmente me sorprendía era que ya no vivía, había muerto hacía más de dos años.

Nunca me inspiraron confianza las personas que entran en casas ajenas y revuelven la despensa para hacer de comer sin permiso, pero era mi abuela y no podía tampoco ser descortés, al margen de que evidentemente no era muy normal que digamos la situación.
Cuando me vio puso en su cara un gesto de alegría contenida, tranquila y contagiosa, vamos, la típica mirada de abuela.
—Marquito…
Sabía que iba a decir solo eso, pero al sentir esa voz serena, agotada por los años, y aguda como la de todas las mujeres de la familia, me quedé paralizado, la voz se había convertido en hielo y me atravesaba el cuerpo, entrándome por los hombros y desparramándose a máxima velocidad por todas partes, creo que hasta el respaldo de la silla sobre la que me apoyaba justo en ese momento se heló. Para mi fortuna, a su viejecita voz le siguió una mirada cálida y pequeña, casi triste de tan pequeña, que apenas se podía adivinar felicidad detrás de ella por el brillo del marrón de los ojitos cercados por unos párpados colorados y arrugados, que desde niño me llamaron siempre la atención.
Quise tirarme sobre ella y abrazarla, darle un montón de besos hasta que me pidiera que me saliera de encima, pero no pude con la situación y como buen bruto padre de familia, además de medio dormido a las cuatro de la mañana, solo pude decirle:
—Abuela, ¿cómo está? —sin apenas darle un poco de exclamación o dejar entrever una milésima parte de la emoción que sentía.
Ella comprendió el lenguaje tácito del que siempre había sido maestra, y volviendo la mirada a lo que estaba preparando se limitó a decir:

—Quise preparar café, pero no sé cómo va la máquina esa, además esto de la inducción no lo entiendo, vas a tener que encenderla tú, yo a duras penas me apañaba con las hornillas de gas.
Me sorprendió que reconociera una placa de inducción, pero era lo menos sorprendente esa noche, así que opté por no darle importancia.
Mi abuela toda la vida había preparado un pollo con salsa que quien lo probaba, se quedaba admirado del sabor que tenía, pero sobre todo por la textura. Estaba siempre dispuesta a darle la receta a quien la quisiera, pero era imposible que saliera igual, todos pensábamos que se guardaba algún secretillo, y hasta nos hacían gracia las broncas que se tomaban algunas personas renegando de no poder dar con la fórmula correcta. Hasta llegaban a cocinar a su lado, en paralelo, para poder aprender y no había modo.
Ella misma intentó enseñar a mi padre a hacerlo e hizo que lo guisara varias veces, incluso con su ayuda, decía que era el legado más importante que podía dejarle después de la fe en Cristo y la dignidad como hombre. De todos modos, no hubo mano humana que fuera capaz de imitar "*el Pollo con salsa de la Abuela*", y cuando quiso la historia darle paso a otra etapa, acabó llevándose, junto con todos sus recuerdos gastados por el Alzheimer, la prodigiosa capacidad de hacer ese plato, humilde pero admirable, que no dejaba a nadie sin sorprender.
—No quería despertarte, pero mira, ya que te has levantado échame una mano y ayúdame a quitarle la piel, yo ya estoy muy vieja y me cuesta tirar para despegarla.
Me acerqué poco a poco, contemplando su cuerpecito de poco más de un metro y medio de espaldas a mí, y frente a la mesada de la cocina, imagen que creo que es el icono de su vida a los ojos de mi

infancia, ya bastante lejos por cierto, y comencé a ayudarle pensando a toda velocidad cómo comenzar alguna conversación, nunca me había resultado muy fácil, pero ahora que estaba muerta se me hacía todavía más difícil. Pareció que me leía el pensamiento, porque de pronto dejó de pelar las cebollas y mirándome con complicidad dijo:

—Me lo quieres preguntar, ¿verdad?, sé que quieres saber.

—¿Saber qué, abuela?

—Lo de la muerte… cómo es, qué se siente, si Dios está ahí y todo eso.

—No voy a negar que un poco de curiosidad tengo… si me…

—No, de eso nada.

Y siguió trabajando.

—He sabido que las cosas en Argentina no están muy bien.

—Al menos ahora sé que ven las noticias allá arriba…

Se rió un poco, y siguió pelando cebollas.

—No me refiero a la situación del país, me refiero a la familia, hay muchas cosas que no me gustan, hermanos peleados entre ellos, alguno que no se habla con tu padre… con tu abuelo.

—Siempre se confunde, abuela, esto de ser el nieto más viejo es un problema.

—Es cierto, tu padre es Ramoncito, mi Ramoncito, qué bueno que fue siempre, y ustedes no se parecen a él.

—¿Qué quiere decir, abuela, que somos malos?

—No, sois muy buenos todos, pero es muy difícil ser tan buenos.

Me miró con gesto de dulzura, de esas caras que solo se ponen cuando se está disfrutando de algo, se me hizo un nudo en la garganta y no podía respirar, no quería soltar una lágrima pero era

más fuerte que yo, con que dije lo primero que se me ocurrió para salir del paso.

—Y si es tan bueno, por qué no lo despierta a él a las cuatro de la mañana.

Se puso a reír sin dejar de trabajar y dándome más trabajo a mí. La conversación se cortó y todo lo que decíamos se limitaba a las indicaciones de cómo tenía que ir haciendo las cosas para que la comida saliera en su punto.

Cuando comenzamos a freír las piezas de pollo para quitarles la grasa, retomó el tema.

—Y como que las cosas no están tan bien en la familia, tuve trece hijos, de los cuales once aún viven, los crié con amor y respeto por la unidad, y siendo una familia tan grande deberían estar más unidos que nadie.

—Abuela, cuantos más son, más difícil es conseguir armonía, las disputas por tonterías a veces hacen mella en una relación fuerte, y el paso de los años suele hacer que se desgaste, si solo bastara con un poco de…

—Tonterías, si no crees en que la unidad de una familia es posible, cómo pretendes conseguir que se mantenga unida.

—Pero abuela, yo no intento nada.

—Sí lo intentas, si no qué hago yo haciendo pollo a las cuatro de la mañana.

No entendí la relación, pero tampoco me iba a poner a discutir con ella, no lo había hecho nunca así que no tenía sentido que lo hiciera entonces. Pero como toda su vida había hecho, volvió sobre lo que consideraba de vital importancia.

—Entonces qué… ¿por qué están peleados?

—Peleados… peleados no están, hay algunas diferencias entre algunos, pero tampoco es una guerra la cosa.
—Muy seguro estás tú para vivir en España y ver las cosas desde tan lejos, y si estás tan seguro que las cosas van bien, por qué te preocupa tanto la unión de la familia, ponle más laurel que es para darle sabor, no para sortear quién lava los platos.
—Pero por qué insiste en que estoy preocupado por eso, esa gente ya es grande y sabe lo que hace, me duele un poco por el abuelo, que ve como las cosas pasan a su lado y no puede hacer nada por mejorarlo.
—Entonces algo pasa, entonces estás preocupado por eso que pasa.
—Mire, yo no hablo mucho para allá, sabe que soy un poco, cómo decirlo, distante.
—Antisocial.
—Gracias, distante me gustaba más.
—Pero es que te comportas como antisocial con el resto de la familia.
—Vale, vale, dejémoslo en poco sociable… lo dicho, poco hablo para allá, pero mi viejo, que como sabe también vive ahora acá en España, a unos doscientos kilómetros de mi casa, me dijo que había roces entre tal y cual y esas cosas crecen, y la falta de comunicación hace que crezcan más…
—Falta comunicación porque no comen juntos más seguido.
—Abuela, si pudiéramos solucionar el mundo con un plato de sopa.
—Sopa dices, si tuvieras un plato de sopa para cada uno que tiene un problema en el mundo, lo solucionarías todo, y nadie habló de sopa… cuando yo estaba allí todos se sentaban a comer alrededor de la mesa, y patas unos, pechuga otros, todos comían, discutían, se reían,

y se comportaban como una familia, al cabo de un rato, ya no había diferencias que pudieran distanciarlos.
Hice silencio, intentando entender a qué se refería, la miré con desilusión y le dije:
—No será, abuela, que los quería tanto que solo veía lo que quería ver.
—Tú eres una persona inteligente, dime la verdad, crees que si no hubiera habido unión entre los que estaban alrededor de la mesa, con la cantidad de miserias que pasamos, hubiéramos llegado a algún sitio… hubiéramos estado aún todos en contacto entre todos, aún del que más distante se encuentra, siempre se tienen noticias en poco tiempo cuando les pasa algo.
Cuando se sentaban a la mesa, se convertían en ese sueño que toda madre tiene con respecto a sus hijos, ninguno era desleal, ninguno faltaba a los otros, todos compartían lo mejor que tenían, la esencia de la verdadera unidad, lo simple, un plato de pollo hecho por una vieja, que no tiene idea de cocina, pero que en su humilde realidad era capaz de hacerlos sentir cerca de los otros y dispuestos a lo que necesitaran.
¿Nunca te preguntaste, como el resto de la gente, cuál era el secreto de mi receta?
—La verdad es que nunca me intrigó, siempre supuse que habría algún condimento, o algún tratamiento de la carne que no dejaba que se enterara el resto… ¿qué tiene que ver?
—Lo único que tiene la olla, que no haya puesto en las manos de los que imitaban la receta, es el esfuerzo por dejar el corazón en lo que estaba haciendo, porque era la manera de que mis hijos, y luego sus esposas e hijos, se sentarán y se convirtieran en uno.

» Yo sé que solo soy una viejecita inculta del campo, una emigrante que trabajó toda su vida y que a duras penas era capaz de leer la Biblia y sumar lo que compraban los clientes en la tienda, pero estaba segura de que era imposible que con un buen plato de comida caliente en medio de la mesa, aun cuando fuera solo un pollo para trece hijos, existiera alguna posibilidad de que esa gran familia se convirtiera en grupitos separados y enemistados, todo lo dejaba en manos del Amor, y eso es lo que hacía diferente la receta… Creo que estás buscando el modo de solucionar un problema desde muy lejos, y enterándote por terceros de cosas sueltas, fundamentando tus mayores esfuerzos en un escepticismo inmenso. Si no tienes confianza en que puedes enfrentar el problema, difícilmente encuentres una verdadera solución. La comunicación surgida de cosas simples, pero las muy simples, es la única manera de sanar las diferencias de este tipo, pero solo si pones en ello lo mejor de ti.

No pretendas hacer grandes esfuerzos para conseguir grandes cosas, haz lo que mejor sepas hacer y pon en ello toda la ilusión y el amor que seas capaz de dar, eso lo convertirá en algo tan maravilloso que todos querrán imitar tu receta y será el imán que hace falta para unir las piezas que quieras, sean de una gran familia distante miles de kilómetros, sea tu pequeña familia que hoy duerme en esta casa, o sea la gente que te quiere y trabaja contigo todos los días.

Sentí de pronto un sobresalto y se me estremeció el cuerpo, me encontré entonces en la cocina, cocinando solo, en pijama y muerto de frío. Todo dispuesto en un orden que no era habitual en mí, definitivamente no, y con un encogimiento del pecho, que a duras penas me dejaba respirar o pensar.

Las frases que creía haber vivido hacía un momento me volvían a la cabeza una y otra vez, aterrorizado por la sensación de pequeñez que

me generaba haber buscado respuestas tan lejos de la verdad, respondiendo a complejos artilugios de lógica, y tan lejos de los sentimientos que en ese momento se manifestaban como verdadera y única solución.

Apagué la cocina, volví a la cama apestando a pollo con salsa, y me dejé dormir por un sueño hipnótico y extraño, como si durmiera el sueño ajeno.

Cuando desperté llegaba tres horas tarde al trabajo, pero nadie fue capaz de despertarse antes, las niñas habían perdido el colegio, y mi esposa corría con el uniforme de las dos en las manos, desesperada como si consiguiera de ese modo retrasar el reloj. Se paró frente a mí, como si entendiera que algo no estaba como siempre, pero no dijo nada, se sentó a mi lado y se acurrucó en mi pecho, esperando que hiciera algún comentario mientras las niñas seguían yendo y viniendo a la desesperada para salir para el cole, que ya había empezado hacía una hora y media.

Ella me miró desde abajo y sonrió cómplice, esperando que hiciera o dijera algo, le devolví la sonrisa, esperé unos segundos y llamé a mi padre por teléfono:

—Hola papá… qué te parece si vamos y comemos algo entre todos… en dos horas, dos horas y media, si no tengo inconvenientes, llegamos. ¿Le avisas a los chicos?…ok, pero cocinas vos… yo llevo la guitarra.